

La comunicación como nuevo paradigma

Jorge Tricás *

Resumen

Nuestra civilización contemporánea se está edificando sobre las facilidades de la comunicación gracias a las tecnologías disponibles, pero mucho más debido a los dos recientes descubrimientos teóricos aportados por las ciencias humanas y sociales: la importancia concedida al lenguaje dentro de la filosofía, esto es, que el individuo es hoy, básicamente, reconocido como un ser que habla, y la tesis según la cual "la realidad es una construcción social". Es por ello que hoy democracia significa diálogo y lo razonable y lo correcto dentro de ella es avanzar hacia el encuentro pacífico y constructivo de lo diverso, trascendiendo tanto las imposiciones unilaterales y mayoritarias como la utilización exclusiva del lenguaje del poder, que abiertamente ignoran la condición de pluralidad de los hombres.

Palabras clave: diálogo; pluralidad; acción comunicativa; convivencia democrática.

Abstract

Our current civilization has been built over the facilities offered by communications based on available media technologies. Nevertheless, it owes even more to some important theoretical developments in human and social science. That is, the recognition of the importance of language by Philosophy. These are, that the individual is basically recognized nowadays as a creature that 'speaks' and

the thesis that sustains that 'reality is a social construction'. Because of this, democracy has been equated with dialogue and consequentially the appropriate path is to promote peaceful encounters and build diversity. In so doing, we transcend the unilateral and prevalent impositions as the use of the language of power, which openly ignore the plurality of humankind.

Keywords: dialogue; pluralism; communicative action; democratic coexistence.

Résumé

La construction de notre société contemporaine est fondée sur les facilités que permettent les technologies de la communication actuelles mais aussi et surtout sur deux découvertes théoriques récentes provenant des sciences sociales : a) l'importance octroyée au langage par la philosophie, c'est-à-dire, qu' à l'heure actuelle l'individu est reconnu en premier lieu comme un être qui parle et, b) la reconnaissance de la réalité comme une construction sociale. C'est pour cette raison que la démocratie est aujourd'hui comprise comme un dialogue et que son cheminement est celui de la rencontre pacifique et constructive au sein de la diversité qui permet de dépasser les impositions unilatérales et majoritaires telles que l'utilisation exclusive du langage du pouvoir, qui ignore ouvertement la condition plurielle des hommes.

Mots clés: dialogue; pluralisme; action communicative; coexistence démocratique

Recibido: 26/02/2008

Aprobado: 11/04/2008

La comunicación es el nuevo paradigma cultural del siglo XXI. La posibilidad de comunicarnos es un valor que asiste a nuestras vidas y que ha tomado el relevo de los valores ilustrados y modernos del progreso y la razón. Todo esto gracias a las tecnologías comunicacionales que permiten que hoy *el comunicarse* sea algo sencillísimo. Pero mucho más debido a los dos recientes descubrimientos teóricos aportados por las ciencias humanas y sociales: la importancia concedida al lenguaje dentro de la filosofía contemporánea, y la tesis propia de la Sociología del Conocimiento según la cual "la realidad es una construcción social".

Ambos descubrimientos científicos han tenido una incidencia directa con la puesta en cuestión de la verdad como anhelo de las ciencias, y

también con la clara aceptación del relativismo como criterio válido a la hora de pretender explicar la realidad del orden social.

Cuestiones estas que han calado muy profundo en el seno de las sociedades del momento modificando su estilo de vida, y que han devenido en un asunto de uso cotidiano para el mundo de la ciencia.

En efecto, en el ámbito de la ciencia hoy en día ha quedado completamente superado el individualismo metodológico. Esto quiere decir que las epistemologías (doctrinas de los fundamentos y métodos del conocimiento científico) ya no confían en la capacidad única y exclusiva del sujeto para alcanzar la verdad.

Hoy, dentro del contexto de la globalización y en sociedades signadas por una economía de producción flexible, por el hiperconsumo de los agentes y por una gran movilidad espacial en tiempo real de la información y las finanzas; resulta algo comúnmente aceptado que no hay una visión del mundo única ni privilegiada, y que cualquier saber que se pretenda siempre será relativo al punto de vista del investigador y de la cultura de la que procede.

Por siglos y hasta no hace mucho, el positivismo y el empirismo, han estado imponiendo criterios para la validación científica centrados en la objetividad pura, ignorando la presencia de los sujetos como testigos presenciales; hoy estos esquemas ya han pasado a ser considerados dentro del mundo de las ciencias como verdaderos anacronismos decimonónicos, y la tan pretendida objetividad es un requisito sólo practicado por intelectuales envejecidos y fuera de su tiempo.

De modo que con todos estos cambios venidos del mundo del conocimiento, nada podía haber tenido más impacto para las sociedades que saber y aceptar que dentro de ellas ya no hay ni puede existir una visión única, ni privilegiada del mundo, por mucho que aún pretendan convencernos de ello líderes aclamados. Que la razón absoluta no la tiene nadie, y que hoy los absolutos son completamente incomprensibles para cualquiera.

Comunicación, confianza y futuro

Nuestra civilización contemporánea se está edificando sobre las facilidades de la comunicación, teniendo en cuenta su más trascendental descubrimiento: el individuo es hoy, básicamente, *un ser que habla*.

Visto así, y en una época que comprime el espacio-tiempo, resulta que todo lo interesante es opinable. Y todo es opinable porque el lenguaje es la mediación de todo. Es la mediación del conocimiento con el mundo, con los otros y hasta con nosotros mismos. Dependemos absolutamente del lenguaje, sin lugar a dudas.

Desde luego, todo esto nos refiere que, hoy por hoy, ha quedado completamente sepultado y fuera de juego el individualismo metodológico, o ese particular solipsismo de la persona que siempre se atribuye ser el punto de partida absoluto de todo, y que ignora sus limitaciones como individuo, como ser social.

En un entorno estructurado de esa manera, la conciencia de nuestra realidad lingüística ha acabado con toda pretensión de ignorar que *la comunicación* es el paradigma de nuestra cultura; puesto que ya sabemos que la razón no la tiene nadie, ni tampoco la conducta racional está previamente determinada por nadie. En efecto, hoy ambas están completamente vinculadas a la exhortación pública, a su publicidad, e implican comunicabilidad entre todos.

El poder del lenguaje entre nosotros nos permite hoy reconocer nuestra realidad intersubjetiva como indispensable, y hablar de la inevitabilidad del diálogo como elemento esencial para poder organizar nuestro entorno político y cotidiano. La única objetividad a la que se le puede y se le debe rendir culto desde la sociedad hoy es "*la intersubjetividad*".

Así, en el campo del conocimiento la validez de los pronunciamientos científicos descansa en las decisiones de las comunidades de científicos, y no así en unos referentes empíricos indiscutibles, ya que la verdad sólo reside en el acuerdo razonado.

No se puede pasar por alto que el contexto económico, social y político ha cambiado completamente y que la opción de la comunicación está hoy más que nunca en plena circulación. Y hoy convencidos de ello es por lo que decimos, sin reparo, que en estos tiempos de realidades intersubjetivas no hay más *episteme* que la surgida de la confrontación de *doxas*, del intercambio de distintos pareceres. Se trata, en resumidas cuentas, de la inevitabilidad del *diálogo*.

Por ello, y no por otra cosa, es por lo que en nuestras sociedades de hoy el individuo solo no llega muy lejos, ni en el terreno del conocimiento, ni en el terreno de la acción política en contextos democráticos. A pesar de lo que todavía digan algunos, es innegable que la acción conjunta, *concertada y dialogada*, es indispensable puesto que la razón –logos– ya no es más monológica, sino dialógica como hemos visto.

Buena parte de nuestra civilización vive ya con la convicción, de que no hay otra forma de realizar la vida que promete la democracia que escuchando a los otros, contrastando nuestras opiniones y nuestros distintos pareceres; aunque aún buena parte del mundo, muy a su pesar, todavía parece ignorarlo; pronunciándose aún por un modelo de individuo dominador y que se escucha sólo a sí mismo.

En consecuencia podemos decir en voz alta que la única universalidad aceptable para todos debiera ser aquella que resulta de la puesta en común de distintos puntos de vista.

Al principio de estas páginas dijimos que la democracia es sólo un procedimiento, el menos malo que podríamos esperar, pero que resulta con creces el más respetuoso con los individuos y el que con toda seguridad producirá decisiones más justas para todos.

Sus consultas y deliberaciones no se dan en situaciones ideales de diálogo, sino sobre la base de las imperfecciones características de los seres humanos. Ahora bien, aún reconociendo dicha imperfección dialógica, no es menos cierto que la democracia siempre se plantea el esfuerzo de sanear el diálogo –un diálogo de sordos donde ocurre que siempre hablan los mismos– y hacerlo así más simétrico.

Por eso la democracia es un procedimiento lento y vacilante. Por eso necesita tiempo, todo aquel que podamos dispensarle, aunque todo vaya demasiado despacio, puesto que de lo que se trata es de no dejar a nadie fuera y poder atender los intereses de todos, hasta convertirnos en una *comunidad dialógica y deliberante*. Precisamente por eso es que la democracia es frágil, porque siempre encuentra en su camino resistencias que conspiran contra su ideario.

La tiranía de la mayoría

Ya hemos señalado anteriormente que el modo asambleario y participativo propio de la democracia griega resultaba prácticamente inviable

en estos tiempos, o por lo menos difícil de sostener ante nuestras sociedades numerarias contemporáneas más afectas a organizarse como democracias electivas. De modo que será de esta exigencia moderna de donde saldrá uno de los factores que tienden a debilitarla.

Será a partir del brillante análisis que de la democracia hizo Alexis de Tocqueville (1805-1859) como descubriremos los vicios propios de la democracia en cualquier parte que se instaure, y de donde derivan en el fondo todas sus tensiones.

Por lo que hace a *la comunicación* entre ciudadanos a partir del diálogo sostenido bajo el reconocimiento y el respeto a la condición de pluralidad de los individuos, Tocqueville (traducido en 1978) sostiene que la incorporación de la mayoría al cuerpo político –como precisamente ha ocurrido aquí en Venezuela con la V República– puede ir en detrimento de la libertad de todos y de la individualidad de cada quien.

Desde el principio de su obra Tocqueville (traducido en 1978) trató el tema de “la tiranía de la mayoría” describiéndola como una instancia todopoderosa en donde la mayoría, valiéndose de su condición, hacía uso de una fuerza irresistible; el criterio de la mayoría, ante la cual el individuo por separado y en su solitud no podía en absoluto oponerse, sin teniendo otra opción que plegarse forzosamente a sus designios.

De ese modo tenemos que ser conscientes que la aparición de un colectivo mayoritario y muy homogéneo en sus juicios, que se relaciona de manera tiránica con aquellos disidentes que se encuentran en condición de minoría, acompañará por siempre la vida de las democracias. Todo esto con el agravante de ser prácticamente una tiranía que cuando es el pueblo mismo el que sustenta el poder, entonces se ejerce sobre sí mismo.

El aspecto desastroso del asunto consiste, en que como la colectividad, de una manera ciega, tiende a moverse en democracia tanto por intereses mezquinos como por una indiferencia generalizada que adormece el espíritu público. La “tiranía de la mayoría” no se diferencia en nada de “la torpeza de la masa” desde el punto de vista de los procedimientos y los resultados a que llega.

En esos términos, cuando un grupo mayoritario de personas no visualiza claramente que la mayoría no es otra cosa que “un individuo

que tiene opiniones y a menudo intereses contrarios a otro individuo llamado minoría" (Tocqueville, traducido en 1978). La democracia tiene problemas, tal como precisamente sucede aquí y ahora en nuestro país.

A decir verdad, nada invalida que el mayor número, la mayoría, al caso, puede perfectamente equivocarse tanto si se activa como "voluntad general" (Rousseau, traducido en 1990) siempre de la mano de un déspota –esto es, esa voluntad que no es la de nadie en concreto, ni tampoco la suma de todas las voluntades que por ser distintas no son sumables– como si se ensambla escondiéndose detrás de la palabra "pueblo".

El problema con la voluntad de la mayoría radica en la legitimidad de sus decisiones, que siempre se ve cuestionada cuando, en provecho propio, sólo se afana en buscar a toda costa lo homogéneo y no lo diverso, y cuando únicamente se avoca a considerar como válido tan sólo los intereses de los más y no los de todos los ciudadanos. Algo totalmente injusto para los que son menos en número y representan intereses más fácilmente ignorables, o para aquellos que son disidentes.

A decir por lo aquí expuesto, y a propio provecho de nuestra sociedad venezolana, hoy más que nunca democracia significa *diálogo*. Y lo razonable y correcto dentro de ella es marchar hacia el encuentro pacífico y constructivo de lo diverso. Será sólo a partir del diálogo como irá saliendo lo universal.

Entendámonos, pues, en provecho de todos, para una sociedad verdaderamente democrática, *el diálogo*, experimentado siempre sobre la base del *pluralismo*, es una bendición; es lo único que la puede hacer progresar.

En el fondo, cabe recordar, que la fragilidad de nuestra democracia ha venido siempre por cuenta de los conflictos internos y del pasado. No será sin diálogo como encontraremos la comunicación necesaria que nos aleje de la conflictividad y el constante enfrentamiento que vive hoy el país.

Es obvio que sólo desde una *acción comunicativa* es posible hoy conciliar la esfera de lo político, siempre y cuando entendamos que lo político siempre es relativo a *la pluralidad*, a lo que es diferente, y

que de lo que se trata en el arte de la política y en estos momentos en el país es que lo diferente tenga mayor oportunidad de expresión institucional. Recordemos, el diálogo no es incompatible con la autonomía de pensamiento de cada quien y con la necesidad del otro, sino al contrario.

Universo de signos que no comunican

En términos políticos nuestra democracia hoy se ha visto muy reducida cuando se ha bloqueado la posibilidad de toda comunicación interpersonal auténtica, por efecto de un discurso gubernamental que atiza el enfrentamiento de sectores sociales de la vida nacional, mediante una retórica verdaderamente antipolítica que se hace servir constantemente metáforas de guerra en sus planteamientos, promoviendo incomprensión e intransigencia, dentro de un proceso revolucionario que trata de imponer su lógica a como dé lugar.

Con ello no consigue otra cosa que un espacio de vida en donde la comunicación entre pensamientos diferentes que se respeten mutuamente porque tienen igual derecho a ser expresados, resulta imposible. Un espacio vacío que yace entre nosotros, un no-lugar carente de pluralidad, de ideas, creencias y opiniones, en donde la laicidad en absoluto representa un valor fundamental aunque si lo sea en este siglo XXI.

Cuando desde la tribuna de un gobierno revolucionario su principal líder junto a sus incondicionales dirigentes, todos juntos denuncian vehementemente la atomización individualista propia de las sociedades actuales capitalistas, y propugnan a cambio la formación de unas comunidades idénticas y similares que compartan los valores, objetivos y puntos de vista del proceso revolucionario que promueven, están queriendo reconstruir la maltrecha sociedad por vía de la homogeneidad.

Eso, definitivamente, representa un error hoy en día. Insistir en ello sería retroceder. Frente a este trastorno político no hay que dudar, en absoluto, que la comunicación entre *pensamientos desiguales* es factible y que es saludable en los espacios democráticos.

Cuando una política de Estado y de Gobierno se centra en un pensamiento único, convierte al país entero en el reino estructural de las relaciones impersonales y anónimas, pues ahí toda comunicación entre ciudadanos queda constreñida a tener que utilizar la mediación del lenguaje del poder para entenderse.

Una situación en donde apariencia (lo que el líder dice) y realidad (lo que de verdad ocurre) se intercambian de lugar, y donde el individuo no está ni puede estar en relación directa con otro individuo, sino más pronto en relación directa con el impersonal código de lenguaje que impone el poder, es decir, con su ideología, que a esas horas ya ha impregnado cada fibra y rincón de la vida social del país. Sin duda, se trata de una ideología que desplazando el centro de gravedad del individuo en su relación con la realidad, no nos deja como mundo otra cosa que unos dirigentes y unos seguidores que tienen una epistemología de izquierda, pero una ética de derechas.

El lenguaje del poder, esto es, el lenguaje que utiliza el líder del movimiento en los mítines y en las intervenciones públicas, siempre con acusaciones fuertes aunque con argumentos débiles, de hecho, se registra y se consagra para todos en el proceso como la propaganda exclusiva y predilecta del movimiento, y por tanto sus términos se consideran asimismo como el A B C del vocabulario de los militantes y seguidores. Oligarcas, golpistas, fascistas, lacayos del imperialismo, etc., representan así los términos con los cuales pasaran a explicarse siempre, sea cual sea la situación tratada y a determinar. Un lenguaje que intenta encajarlo todo dentro de la lógica de una ideología determinista que, no obstante, reporta consistencia al mundo del militante y seguidor.

Pero lo verdaderamente característico de este lenguaje propagandístico del poder, es la capacidad que muestra para transformar inmediatamente sus contenidos en una viva realidad mundana, por cuenta del conjunto de las instituciones públicas y de los organismos del Estado. Cabe admitir que su influencia sobre el saber popular resulta verdaderamente determinante, sobre todo a la hora de montar la trama de una "mentira organizada".

Desde siempre hemos sabido que la mentira asumida de modo tradicional tan sólo buscaba ocultar al público cierta información rele-

vante; en cambio, hoy, dentro de una atmósfera de carácter totalitario como la que se respira en el país, la mentira busca destruir la realidad que tenemos por delante sustituyéndola por una imagen muy propia de su inventiva ideológica. Esta nueva modalidad de mentira de carácter totalitario se aboca constantemente no hacia situaciones que no están al alcance de todos, sino, por el contrario, precisamente se ocupa de aquellas cosas que son hartamente conocidas por todos abiertamente, como por ejemplo el obsesivo intento de querer reescribir nuestra historia pasada y presente ante quienes somos testigos de ella.

Lo verdaderamente característico del manejo de la mentira en una dominación totalitaria, es el hecho de crear una imagen pero no con la pretensión de mejorar a su favor y a propio interés el cuadro de la realidad, sino con la declarada intención de sustituirla de manera total. Lo cual, a partir de los medios persuasivos de la industria de la comunicación y de sus técnicas inductivas que reposan en manos gubernamentales y que conforman la artillería mediática del régimen no resulta nada difícil. Así se ha podido comprobar todos estos últimos años.

Desde luego, hay mucho trecho y una diferencia abismal entre la mentira tradicional y la totalitaria. La primera se basa exclusivamente en el ocultamiento de determinados aspectos del mundo, la segunda en la destrucción de la realidad a partir de la imposición de una imagen prefabricada. Y este desplazamiento lo hace a través del manejo de la violencia. De allí su asociación intrínseca con ella, pues como medio les garantiza la destrucción de una realidad que les resulta incómoda y la sustitución por una propia y convenida.

Cuando un hecho conocido y probado de la realidad choca y, en consecuencia, amenaza con dañar a dicha imagen, de inmediato se procede a su negación y por tanto a su debida destrucción y desaparición de la faz de la tierra, para que la imagen que se ha impuesto no se vea comprometida por los hechos y por las contingencias propias de la realidad. Es por esta relación negativa que se establece con la mentira totalitaria, por lo que todos aquellos que engañan o que suscriben los términos de la misma, finalmente, exiliándose de la realidad, acaban también autoengañándose y creyendo en la propia imagen que han creado y que imponen por la fuerza.

La verdadera huella que deja el totalitarismo ya sea del siglo XX o del XXI, tropical o de clima frío, sobre la conciencia de los individuos es que los entrena para ser incapaces de percibir la realidad en términos de hechos firmes e innegables, pasando a entenderla como un producto de la imagen creada y prefabricada, en donde los acontecimientos se entienden siempre en función de las consignas promovidas y en la que estas se hayan continuamente sujetas a cambios en su significación, siempre a capricho de la cúpula de poder dirigida por su líder indiscutido.

Si es falso que el estudiantado de Mayo 2007 se movilizó por las calles del país, lo hacen obedeciendo órdenes directas de Bush, entonces, basta con que el líder del movimiento, Hugo Chávez, tergiversando los hechos lo afirme, para que entonces sea cierto lo que antes no lo era.

Aún más, cabe advertir que cuando ésta consistencia ideológica intrínseca al lenguaje del poder –que maneja imágenes y mentiras, sea cual sea la circunstancia a que se refiere– siempre termina reduciendo todo a su lógica determinista, entra en conflicto con la inconsistencia propia del mundo y la realidad procede, de propia cuenta, a hacer que los hechos de la experiencia se cambien completamente, para que lo que hoy es verdadero, mañana pueda ser falso y viceversa. Claro, esto siempre es posible mediante los instrumentos del poder y de una apelación constante al terror como forma de dominación.

En efecto hay que remarcar aquí, que para que todos podamos vivir dentro de la burbuja de los preceptos y pseudo consistencias de “el proceso” que siempre nos protege de la realidad exterior y que imaginariamente siempre nos acondiciona un hogar social para el disfrute de su jardín doméstico plagado de fantasías políticas para los humildes, de corrido se invita siempre al terror, para que a través de sus distintas competencias procure que cada uno de nosotros nos impliquemos de lleno y participemos así en el avance continuo y sostenido del proceso o, lo que es igual, que nos involucremos en el guión preestablecido de la fuerza y la necesidad de la historia que, con su propio impulso, transcurre sin nosotros.

Ahora bien, desde el preciso instante en que ese lenguaje ideológico con sus términos propagandísticos se convierte en una contraseña del

poder imperante, no hay comunicación genuina entre las personas. Por ese camino accedemos al grado cero de la simetría comunicativa.

Dentro de este contexto y ya del lado de los seguidores y simpatizantes del movimiento, la función que cumple la utilización del lenguaje del poder en todo y para todo por gente de la calle –que al fin y al cabo no se sabe a ciencia cierta si está o no con el régimen– es la de servir de puente entre el poder y el individuo, mediante el cual el poder tiene acceso al individuo y el individuo al poder, independientemente del hecho que sus convicciones políticas se inclinen y se orienten en favor del régimen.

Cuando la persona apela al uso de adornos, siempre de color rojo, como gorras, franelas, banderas, imágenes del líder etc., y se expresa por medio de los slogans impuestos por el régimen: patria socialismo o muerte, golpistas, oligarcas, lacayos del imperialismo, busca con ello una coartada con el poder, independientemente del hecho que sus convicciones políticas sean favorables al régimen.

En efecto, en primer lugar lo hace porque es un gesto que entra dentro de la norma de salir adelante en el ambiente en que vive. En segundo lugar, lo hace porque al hacerse valer en su mundo mediante el lenguaje del poder y utilizar sus adornos como decoración, representa, de su parte, un gesto que como signo trasmite un mensaje muy preciso que va dirigido a su comunidad, a sus superiores y a la cúpula del poder: que está cuadrado con ellos, que es muy leal y de ese modo es de fiar, que sabe lo que hace, que obedece de buena gana, y que por lo tanto no cabe que le reprochen nada, sino más pronto, que le garanticen el derecho a una vida mejor y tranquila.

Toda esta comunicación impersonal forma parte del sacrificio y del precio que tiene que pagar si quiere asegurar una vida relativamente tranquila en consonancia con su medio social.

En tercer lugar, el gesto de adecuarse a los slogans y adornos le sirve como pretexto, como coartada, para tapar la humillación de su irreflexiva e indiscutida obediencia y profesión de fe hacia el régimen, al hacer coincidir hábilmente su lealtad con la defensa desinteresada de las grandes causas que promueven –sólo en apariencia, claro– dichos slogans y objetos.

Obviamente, si no fuera por la supuesta adhesión y apoyo a la causa y a los contenidos altruistas que promueven estos mensajes y objetos decorativos, quedara como individuo completamente desnudo y desarmado frente a su propia humillación; cuestión ésta que le avergonzaría totalmente. Cabe considerar que al fin y al cabo es un ser humano y como cualquier otro, tarde o temprano, tiene que vérselas con la dignidad del hombre.

Referentes a todas estas personas que están participando, por las buenas o por las malas, dentro de "el proceso" y que se encuentran siguiendo fielmente las pautas de comportamiento que en él se ordenan, bien bajo la justificación del miedo, o bien por no querer establecer un juicio al respecto, o por el tranzado argumento de la fiel obediencia tanto a la organización, a sus líderes, como a las leyes actuales sancionadas, cabe decir, que si bien todo eso suena plausible a primera vista no se puede dejar pasar, en absoluto, la falacia que encierra tal argumento, así como señalarles también el inmenso cargo de responsabilidad personal que tienen y que yace detrás de tal comportamiento.

No debemos olvidar la diferencia tajante que existe entre *el consentimiento* y *la obediencia*. Luce innegable que "un adulto consiente allá donde un niño obedece". Y cuando se argumenta que un adulto "ha obedecido" habida cuenta la capacidad de juicio con que cuenta y que siempre ha podido hacer valer en ese momento, a lo que verdaderamente nos estamos refiriendo con su obediencia indiscutida es, sencilla y llanamente, al apoyo que esa persona acaba de dispensar a la organización, autoridad o ley que le reclamó obediencia. Es *apoyo* y no *obediencia* lo que hay allí.

La disciplina y la obediencia a una autoridad o a una organización no debería suplantar jamás, bajo ninguna circunstancia, la inherente carga de responsabilidad de la que es depositaria cada persona en su vida. De tal manera que nadie en este mundo puede pretender eximirse de *las responsabilidades* sobre sus propias acciones, mediante el infantil y absurdo argumento de la "obediencia fiel e indiscutida".

En un mundo que no ha dejado de rendir culto a la conducta ética, es indudable que la fiel obediencia no debiera sobreponerse a la ética y a la moralidad de cada uno a la hora de tener que infligir sufrimiento a una persona indefensa e inocente que en absoluto representa una

amenaza para nuestra seguridad, o a la hora de tener que participar en el inmenso mecanismo de "producción social de crueldad" que sobre una gran parte de la población se aplica, como penosamente ha devenido este proceso revolucionario.

Conforme a esto y referido a nuestro contexto político venezolano de hoy, se puede afirmar acerca de todas aquellas personas que dicen obedecer y que lo hacen a partir de transferir su responsabilidad a otros o a otras instancias, que lo que en realidad están haciendo por sí solas, no es, ni más ni menos, que estar apoyando esta empresa política y al movimiento como tal.

La obediencia sólo tiene sentido en el mundo de los niños o bajo condiciones de esclavitud. En esas circunstancias, ambos se encuentran completamente desprotegidos si osaran negarse a cooperar, por lo que entonces, para ellos, no queda otra alternativa más que obedecer. Obviamente, este no es el caso de ningún adulto en los tiempos que corren.

En consecuencia, hay grado cero en la simetría comunicativa y falaz ficción de unanimidad en torno al régimen a simple vista; pues si todos dicen lo mismo, es de suponer que también piensan lo mismo y harán lo mismo.

Reorientar la incomprensión

Tal es la verdadera situación que nos asiste hoy como sociedad política. Tenemos que aceptar que con este panorama tan desértico nada nos asegura una comunicación entre las personas sin que medien el prejuicio y la incomprensión de todos. Nada nos asegura que en esos términos pueda salir adelante nuestra capacidad de convivir, de llegar a establecer grados de comprensión satisfactorios a partir de *un diálogo* que dirima pacíficamente nuestras disputas y diferencias.

Cuando no es por el ya clásico individualismo desorganizador y agresivo de nuestro pasado democrático más reciente, que aún todo lo resuelve con la lanza del dinero y la exclusión social, de arriba hacia abajo y de mayor a menor, según sea la necesidad de marcar un territorio social; es por la incomprensión de un proceso donde todo es mediatizado por la ideología y sus prejuicios, no dando cabida ninguno

de los dos a la posibilidad de establecer una sociedad más *abierta y democrática*.

Unos porque han vivido encerrados en un gueto y de espaldas a la miseria de la gran mayoría y otros porque con la ideología y su intransigente lógica por delante se muestran completamente incapaces de pensar políticamente y de pronunciar una sola frase que no sea un cliché; y ambos porque comparten la incomprensión mutua de lo que es diferente y plural en nuestra sociedad, sucumbiendo así a la lógica de las agresiones miméticas.

De manera que dentro de este ambiente de confrontación en el que se halla sumido el país en estos momentos se requiere con urgencia la puesta en marcha de "un proceso" pero comunicativo, que promueva la reconciliación de los sectores enfrentados por sus diferencias. Una relación institucional e interpersonal más plena y satisfactoria, en donde *lo diferente* tenga más oportunidades de expresión y donde la realidad de una *convivencia democrática* sea con orgullo un logro de todos en el país.

Referencias

- Rousseau, J. (1990). *El Contrato Social*. Madrid: Edad.
- Tocqueville, A. (1978). *La Democracia en América*. México: FCE.